teleCrack

Bubu

Título: teleCrack

Autor: Bubu

De esta edición: Es un adelanto de la novela completa, maquetada especialmente para ser incluida en X-Evian (http://x-evian.org)

20 de febrero de 2005

Licencia:

creative commons

COMMONS DEED

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.0

Usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento. Debe reconocer y citar al autor original.

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones no se ven afectados por lo anterior.

Esto es un resumen legible por humanos del texto legal (la licencia completa) disponible en la siguiente dirección:

http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/es/legalcode.es

El mundo, como hubiera dicho Inmanuell Wallerstein, había consumido su parte capitalista de la historia y el sistema político internacional era otro, de base capitalista, tristemente, pero también de otras formas esperanzadoras y subyacentes que operaban desde hacía unos siglos.

El año 2077 fue un año duro para la humanidad. La Comisión Planetaria de Alimentación, Sanidad y Consumo había decretado la *Alerta Máxima* en el sesenta por ciento de los países-estados que formaban dos de los tres sub-sistemas mundiales, casi el ochenta por ciento del territorio de estos bloques.

Igpe vivía en la costa oeste de África Central. Sólo tenía trece años y, sin embargo, sabía muchas cosas que nadie en el poblado de caravanas sabía. Por lo menos en el suyo. En el de al lado, dos chicas y un chico sabían cosas que él sabía, ya que ell@s se lo habían enseñado. El ejemplo más importante era el *craking* de los teletransportadores. Para la ciudadanía de los sistemas pobres estaba prohibido el *viaje* a los otros sub-sistemas, salvo permiso expreso de la Agencia Mundial de Inmigración. Pero era realmente peligroso. Si el *crack* no había sido correctamente ejecutado, la persona teletransportada no volvía nunca a la plataforma capturadora de sus datos psico-biológicos, por lo que era siempre una suerte que el proceso fallara antes de esta captura, ya que el riesgo desaparecía. A veces probaban con pequeños animales como insectos o gusanos, lo que, por otro lado, no les provocaba ninguna buena sensación, aunque la prueba fuera buena.

Otra cosa que sabían, no con total certeza y contra la opinión de la mayor parte del resto de la comarca, era que les engañaban cuando les aseguraban *desde fuera* que todo el planeta estaba más o menos en su misma situación. Incluso en el remoto año 2003, la edad de trece años podía ser una edad difícil y avanzada. Y en los bloques de las Democracias del Sur y las Democracias Asiáticas del 2077, estaba claro que lo era. Formalmente, la democracia se había universalizado, pero de los tres sub-sistemas, sólo la Gran Democracia del Norte ofrecía a la población un mínimo aceptable de derechos sociales, políticos y económicos. A pesar de ello, en esta parte del mundo las protestas y manifestaciones, así como otras acciones, se sucedían de manera constante. No se llegó a considerar que vivían bajo el mejor sistema de los posibles. La educación de la humanidad, bella y cruel, se resistía a cambiar por sabia y justa. La tecnología de anuncio, de moda y consumo, estaba también generalizada en los tres bloques, pero el control y las relaciones económicas internacionales no permitieron que el posible impacto positivo de estos *avances* se materializara. Los teletransportadores llevaban más de diez años en el mercado mundial. Y después de una *promoción especial* de la transnacional MacroSoft, no quedó ningún pueblo sin la presencia de al menos uno de estos aparatos.

En el poblado de Igpe, que contaba con ochentaisiete caravanas, dos módulos familiares, tres casas (una de las cuales albergaba al único bar del pueblo, y otra al ayuntamiento) y una escuela-laboratorio, vivían trescientas cuatro personas. El teletransportador local estaba en la escuela-laboratorio, bastante grande en relación al número de habitantes, y el tío de Igpe era el conserje y el responsable de las teletransportaciones. Aquel día era Domingo. Igpe se levantó muy pronto, antes de las seis de la mañana, y pedaleó con su bicicleta hasta el alto de la Colina Oriental del Mar, desde donde se veía una gran parte de su región al norte, al sur y al este. El mar dominaba la línea por donde el Sol se pone. Antes de llegar arriba escuchó la radio de su caravana, la más cercana a la colina y la última en sentido opuesto. Pensó en su madre. "Querrá hacer el amor con papá", se dijo. La voz del locutor, que dijo "no sé qué" del fin del mundo, se perdió en el viento cuando hizo cima. Miró al mar. Después giró su cabeza hacia el Camino Rojo, que venía por el noroeste bordeando la costa y esquivando el Monte Amigo. A lo lejos se empezó a percibir una estela de polvo y arena que poco a poco parecía acercarse. Lo hacía. Eran sus colegas, gente llena de esperanza y humanidad. Tardarían diez minutos de buen pedaleo hasta la colina. Volvió la vista al poblado y después otra vez a las olas. Todo estaba en calma. "¡Eeeh!", gritó todo lo fuerte que pudo y rompió el silencio reinante proyectando el sonido hacia el Camino Rojo. Un murmullo lejano respondió al grito.

Sonrió. Les gustaba comunicarse así. Pensó en Aklakoe, y le sonrió el corazón. El día llevaba menos de media hora iluminando aquella parte del globo y empezaba bien. Sólo faltaba que el resto de también saliera como habían previsto.

Cuando el grupo de amig@s estuvo enfrente, allá abajo, se dejó caer por un sendero y en un minuto estaban ya saludándose, al mismo nivel del mar. Bordearon la Colina Oriental del Mar y se dirigieron hacia el poblado de caravanas. Llegaron a las siete menos veinte de la mañana. No había nadie en las calles. Tenían que esperar a que abrieran la escuela a las ocho. En una sala de ordenadores con conexión a internet estaba el teletransportador, que fue donde empezaron a cacharrear, como comúnmente se decían.

La espera transcurrió sin sobresaltos en la Fuente de Madera. Poco antes de las ocho pedalearon un poco más y se dirigieron a la caravana del tío de Igpe; al pasar por la escuela no había señales de que nadie fuera a abrirla por el momento. El timbre de la bibi de Igpe el grito de "¡tío!" fueron suficientes como para que éste apareciera en unos segundos, con un manojo de llaves en la mano. La cara le cambió cuando vió a cuatro chavales y no sólo a Igpe.

-Hola, espero que sean buenos días,... bueno, Igpe, sabes que a las diez la escuela hace de colegio-electoral. Yo llegaré a las nueve y media. O sea, que tenéis hora y media para liarme el resto del día... bueno!- y cerró la puerta de la caravana. El cuarteto dudó por un instante lo que habían oido. ¡Era Domingo electoral! Lo habían pasado por alto. Todo pensado y calculado. Y un grave error. Mas dicidieron seguir adelante.

La cerca de la escuela-laboratorio-electoral, como la denominaron con el humor que les quedaba, se abría con una llave roja. Entraron sin bajarse de sus antiguos medios de transporte. A veinte metros la entrada al edificio se alzaba bajo un gran arco. Entraron con la llave verde. Dejaron las bicis en el interior y caminaron hacia la izquierda por el pasillo de las Aulas Telemáticas. A los lados las puertas no les interesaban. La buena era la del fondo, la que da la cara según caminas. Entraron en ella. Estaba abierta. Debería estar cerrada. El hall de las aulas tenía otras tres puertas. Entraron por la del centro. Estaba abierta. Normal. Tenían hora y media para hacerlo todo. Encendieron las máquinas. Aklakoe, que tenía dieciseis años, se dedicó al teletrasnportador. Nëa, su hermana menor, de quince, hizo lo propio con la red local. "Intranet lista y conectada a internet", exclamó en tres minutos. "Medio minuto y la capturadora estará lista y conectada también a las dos redes", contestó en voz alta su hermana. El otro chico, Boruj, de la edad de Aklakoe, estaba con ella, repasando todos los datos de las configuraciones principales sobre *ipes* y rutas de los datos. El teletransportador requería a más de una persona. Las rutas se borraban, cada semana, la mayoría, y otras diariamente. La red local y la conexión al exterior sólo necesitaba una persona, pero Igpe estaba con Nëa. Quería comprender de manera total cada acción y comando que había que ejecutar. Seguramente lo podría hacer solo. Quería cercionarse para otra ocasión.

Cuando Aklakoe volvió a hablar en voz alta, a Igpe se le paró el corazón y después se le aceleró. La belleza de su voz y lo que dijo se sumaron en una combinación que lo asustó extrañamente, como si fuera un miedo limpio, claro, moralmente atacable.

-Comenzamos -pronunció con fuerza. Y Boruj, un poquito más bruto, sacó una caja de cristal con una araña dentro. "La llevo cuidando tres semanas", dijo. Tenía corazón, por otro lado. En ese justo momento, a través del *xchat*, conectaron con la gente que en Europa les ayudarían. Eran buenas personas. Un colectivo político ciudadano formado por más de cien grupos de diversas naturalezas y actividades. Rehabilitaron un pabellón abandonado, y lo convierteron en un espacio multiusos, todos enfocados a proponer y practicar nuevas formas de relacionarse, de trabajar, de vivir. Estaban tecnológicamente bien dotados. Colaboraban con todos aquellos grupos y personas que lucharan por una realidad distinta, fueran de donde fueran y si podían. Muchas veces al margen de las leyes sistémicas y de las internacionales. Se lo jugaban todo. Sin embargo, sus acciones no

eran violentas, aunque los medios de comunicación trataran de hacérselo creer a la población. Y a veces lo conseguían. Tampoco les importaba demasiado, lo que podía ser un error, porque sabían la verdad y pensaban que la gente era inteligente, lo que pudo ser otro error, y más grave aún.

-En un minuto, araña -dijo Aklakoe.

-Vilma -apuntilló Boruj.

-Vale,... en un minuto, Vilma, en tres, el o la primera ¿quién va? -y el silencio se hizo. Los procesadores trabajaban, las fuentes de alimentación, los ventiladores, nada más se escuchaba.

–Yo -dijo Nëa.

-De acuerdo, activa tú misma la pasarela hacia la red, y ya está, yo haré el resto. Nos vemos en el norte en cinco minutos. ¡Diez segundos y Vilma viajando! -la araña no se movía. Estaba en su sitio, esperando a que algo pasara. Y pasó. El haz de luz captadora la recogió como ceros, unos y doses digitales. Los daltos se enviaron al Laboratorio7 por la red. Después de treinta segundos, y en el *xchat*, se leyó lo siguiente. “Vilma capturada. Vive. Se mueve. Si pudiera hablar, nos diría más...OK. Siguiente.”

-¿Ahora? -continuó Aklakoe.

–Yo -dijo Boruj. Igpe se quedó mirando a Aklakoe, subida en el asiento de comandos. Boruj entró en la plataforma. Había que quedarse de pie, con las piernas separadas y con los brazos en cruz, imitando al hombre de Da Vinci. Aklakoe ejecutó las órdenes en una terminal de *root*, el superusuario. Multitud de haces de luz de todos los espectros, tan finos como no se puede imaginar, sino ver, aparecieron súbitos y comenzaron a registrar los datos primarios, que es como se denominaban a los datos físicos. Los datos psicológicos, que no tenían otro nombre, se recogían a través de ondas electromagnéticas y de radiación, y algunas otras más inestables. Desde el 2066 se supo que la información recogida a través de estas ondas, y descodificada con un programa autocreado por un escaner cerebral inteligente, se podía no sólo conocer, sino almacenar y transportar todo el conocimiento, las experiencias y las emociones de una persona. La creación del programa autocreado es otra historia más oscura, si cabe, pero en este relato nada más se dirá a este respecto. La recepción de los datos primarios y su transportación, fueron estudiados mucho antes, en el año 2037, y en el año 2046 se dió la primera teletransportación de materia física visible al ojo humano. Una mosca del sueño o tse-tse, escogida “por lo onírico del experimento”, como se dijo, fue teletransportada de una habitación a otra en un laboratorio de una universidad japonesa del norte de la isla. La matería sufría la creación de un perímetro de energía que la rodeaba y no desparecía hasta que la luz y las ondas habían capturado toda la información. En el lugar de destino, aparecía este perímetro de energía que volvía a recoger los datos hasta que el último de los mismos era recibido. Nunca se llegó a una conclusión unánime sobre por qué los cuerpos no sufrían daños, normalmente, en este proceso.

En el *xchat* Igpe leyó en alto que Nëa había llegado bien y se lo indicó a Boruj con un gesto, pero no supo si lo había visto o entendido. En diez segundos Boruj desapareció, como absorvido por uno de los chorros de luz, y un ¡pi! sonó. Igpe siempre miraba a Aklakoe después de cada teletransportación. Ella le sonrió.

-¿Me teletransportas, o vas tú primero? –dijo suave.

-Sí, o sea, voy primero, el último... es más dificil, con el portátil en la mano, uf, no sé –titubeó.

-De acuerdo –sonrió Aklakoe. Igpe entró en la cabina, no era la primera vez que le teletransportaban, pero el programa parecía funcionar bien e intentó tranquilizarse. Aklakoe estaba

ya con el portatíl en la mano, conectado por cable al asiento de comandos, delante de la cabina, en la parte baja de la máquina. Le comunicó que Boruj había llegado bien. Un pulgar hacia arriba fue lo último que vió Igpe antes del proceso. Lo vió todo amarillento luminoso y nada más.

Cuatro segundos más tarde, en los que objetivamente se rompía la vida y se volvía a ordenar, Igpe despertó, o reapareció en el mundo, pero en otro país y en otro lugar muy diferente, como pensaba, la Gran Democracia del Norte. Estaba bien. Cuatro personas más acompañaban a Nëa y a Boruj, en lo que era una bella sala-laboratorio, un antiguo salón de reuniones. Sonreían. Casi cayó al suelo al sentir de repente las piernas que sujetaban un peso más o menos repentino. Aguantó. Los brazos hicieron equilibrio en una postura graciosa y sus colegas se rieron. Le indicaron que saliera de la plataforma, mucho más grande que la que tenían en el poblado de caravanas. Salió y abrazó a Nëa y a Boruj. Se dio la vuelta esperando la aparición de Aklakoe. Miró el reloj, eran las nueve pasadas, todavía media hora para que su tío llegara. Volvió la vista otra vez a la capturadora. Aklakoe no se materializaba, ni había luz o señal que le tranquilizara. Aparecieron, sin embargo, caras de preocupación en quienes estaban allí. Onj, en el asiento de comandos parecía no preocuparse e Igpe fue donde él.

-¿Qué pasa? –preguntó-. Hola, soy Igpe –le pareció mal no presentarse.

-Lo sé. Sucede que se han borrado dos rutas y las tiene que volver a copiar, nada más. Aklakoe no tardará más de media hora, si está tranquila y lo hace bien a la primera. Ahora le volvemos a enviar a Vilma para que haga la prueba de nuevo. Está bien.

-¿Quién, Vilma o Aklakoe? –dudó.

-Ambas –sentenció. Un aire de alivio recorrió el rostro y el interior de Igpe. Sin embargo, su tío andaría cerca de encontrar a Aklakoe si ésta tardaba más de la cuenta. "A menos veinte". Eran las nueve y diez pasadas, casi y cuarto cuando acabó de reflexionar todo esto y miró al reloj. "Habrá empezado a las en punto y seis...o y siete, algo así, bueno, confiemos en ella". Se sentó y cerró los ojos. A su derecha percibía a Nëa y a Boruj, hbalaban nervios@s. El resto de las personas del equipo de capturación apuntaban con sus miradas hacia Onj. Entonces llegó un silencio denso y largo. Igpe se desvaneció en una especie de sueño, no profundo y confuso. Fue como un viaje por un cable y él era luz, o una energía luminosa. Duró lo suficiente.

-Igpe, despierta –le dijo Nëa-. Ya vienen, o eso parece –Igpe botó sobre sí mismo y se levantó. Miró de nuevo a Onj, verdadero centro de atención. Sus gestos no eran de preocupación. Un ruidito agudo puso todos los ojos en la plataforma. Tres segundos más tarde, un aura de color rojizo tomó forma de persona, con una extraña extensión en la mano. Otras luces comenzaron, como hilos rectos y blancos, a rellenar el molde de aura rojizo. Al acabarse el proceso no se lo podían creer. Aklakoe, Vilma y el portátil habían viajado juntas. Aklakoe sonrió.

-Estás loca, pero eres una máquina –dijo en alto Onj, reconociendo su riesgo y su mérito. Al salir de la plataforma, Aklakoe abrazó a su hermana. Después saludó a Boruj y al resto del quipo. Abrazó a Onj, aunque nunca ae habían visto en verdad. Todo había sido cibernético. Por fin vió a Igpe. Fue a donde él, que esperaba otra vez sentado. Ella se agachó. Se miraron. Se abrazaron. Igpe respiró su olor. Y al separarse preguntó.

-Akla´ ¿tú te quedarás aquí para siempre? –dijo con miedo.

-No lo sé, depende de cuánto haya por conocer en este lado del mundo –contestó-. ¿Sabes? He escuchado a tu tío un momento antes del viaje. Tu idea de cerrar por dentro, salir por las ventanas, dejar las llaves en la verja y volver a entrar por las ventanas, ha debido de ser buena. Eran justo menos veinte. Bueno, nosotras no íbamos a votar... –y se rieron.

Salieron del módulo en que estaba la plataforma y bajaron unas escaleras de metal blancas. Al final, había otras tres puertas. Entraron por la de la izquierda. Daba al espacio abierto más grande de todo el edificio. Era como una pequeña ciudad. Bajaron poco a poco, al piso de abajo, y siguieron por un corredor paralelo a una gran cristalera por la que el Sol entraba. Por debajo suyo, entre las ranuras del suelo, se entreveían dos pisos más abajo y el suelo, o lo que parecía. Al final del corredor, en el lado opuestoal módulo de capturación y digital, había una salida al exterior; visita obligada para ver el nuevo mundo. Se fijaron en que antes de salir al exterior eran saludad@s por gente desconocida que estaba en el piso más bajo. Onj abrió la puerta de la terraza y les miró.

-Suerte, espero que os siente bien, o por lo menos, no mal –y calló. Boruj y Aklakoe fueron por delante. Nëa lo siguió.

-Vamos –dijo mirando a Igpe. Éste salió fuera pausadamente. Sus tres colegas estaban asomándose, dando botes y moviéndose de forma agitada. Igpe llegó. Estaba a la derecha de Aklakoe. Y miró, lo que había sido hasta aquel preciso instante, el mundo oculto del norte.

Los límites de la vista y el horizonte eran los únicos puntos en los que se acababa el espectáculo, tal como lo pensó Igpe. La combinación de metales, luces de todos los tipos y piedra, ésta más escasa, no parecía tener fin hacia ninguna de las direcciones posibles. El mundo, y tuvieron siempre razón, no era como les habían *informado*. ¿Cómo serían las Democracias Asiáticas? Tomó la mano de Aklakoe, que no rehusó, y la apretó fuerte. Se miraron. A Igpe le sonrió el corazón.